

RABÍ JEHOsuAH HALLORQUÍ.

De muy antiguo aparecen en la Historia, haciendo parte de la poblacion de España los Judios, sin que el trascurso del tiempo haya logrado asimilarlos al resto de los Españoles; raza de suyo astuta y cabalista se hallaba siempre dispuesta á adherirse y ofrecer su ayuda ó todos los invasores, ya fuesen estos los Griegos del imperio bizantino, ó los Godos y Musulmanes; por esto, más bien que por la diferencia de religion, el verdadero pueblo español los miraba con prevencion, espiando sus acciones, y estableciendose entre ambos una atmosfera repulsiva que en vano trataron de desvanecer algunos Monarcas y Prelados.

Ya se comprende que unas gentes así fiscalizadas, no deberian contraer vínculos muy estrechos que los ligasen al país que habitaban, por eso sus riquezas no consistian en posesiones rusticas ni urbanas, ni era su ocupacion el cultivo de los campos, dedicandose casi esclusivamente al trafico y al comercio, algunos officios mecanicos, y á la Medicina, buscando para establecerse las ciudades populosas, como centros de mas afluencia y consumo.

La ninguna parte que ellos tomaban en las luchas de los Cristianos con los Muzlimes, les daba tiempo sobrado para ocuparse de sus negocios, haciendose necesarios á los pueblos batalladores, que no por esto deponian la ojeriza con que los miraban; así es que para librarse de las asechanzas que á menudo les tendian, procuraban habitar reunidos en un barrio aislado de la poblacion: hasta tal punto que el Ordenamiento de la Reyna D.^a Catalina dado en Valladolid á 2 de Enero de 1412. disponiendo que viviesen apartados de los Cristianos en *un barrio cercado y con una sola puerta*, no hizo mas que reglamentar una costumbre de antiguo tenida.

No era el reino de Murcia de los mas poblados de Judios, sin embargo existian en varias poblaciones como Chinchilla, Murcia, Mula, Lorca &c. ¿Donde estaba la Juderia en Lorca?

Anterior à la conquista de esta Ciudad (1242) no es de suponer que existiese ningun barrio de Judios, por que teniendo Lorca el caracter de pueblo fortificado mas bien que industrial ó comercial ningun aliciente les ofrecia para avecindarse en el, y aun dado caso que existiesen algunos, no era tanta la aversion que les tenian los musulmanes que les hiciera rechazar su vecindad.

En aquel tiempo y dos siglos despues, la mayor y más principal parte de la poblacion ocupaba la parte comprendida entre la calle de Goméles, Arco de Piñero ó Porche de San Gines, y calle de la Azacaya (que es ahora la llamada de los Pozos y la de la Rambla,) hasta la parroquia de San Juan: la parte de menos importancia y pobre se estendia hacia el oeste y por la falda del Castillo, en las parroquias de Santa Maria, y la de S. Pedro, viviendo al abrigo de la Fortaleza y cercada por la muralla inmediata y torreón de Leyva que distaba de la última parroquia unos 50 metros.

Dicha muralla bajaba atravesando el sitio llamado los *Alvaricos*, y subia despues á unirse con la del Castillo al pié de la torre Alfonsina, cerca de la cual habia una puerta que daba salida á lo que ahora se llaman los *Pilones*: en esta parte creemos que estubo la Juderia, fundandonos en que no era posible que estubiese en la parte más señorial de la poblacion, ni proxima á ella; ni que habitasen el pago de Sutullena, fuera de murallas, y entonces como ahora puesto en cultivo, al que no se entregaban; por idéntica razon no pudo estar en la calle de Nogaite y Barrio de Gracia, espuestos á las frecuentes correrias de los moros fronterizos; habitando el sitio que hemos dicho se encontraban al pie de las principales fortalezas de Lorca, separados de las vías de comunicacion con los pueblos comarcanos casi todos hostiles, y estaban aislados del resto de la poblacion: todavia después de tanto tiempo, se vén cimientos de solida argamasa, multitud de fragmentos de vasijas, obras y conductos para el agua, y otros muchos indicios de no escasa poblacion; corrobora ademas esta opinion, el que, como es sabido, en la edad media se establecieron los Lazaretos ú Hospicios de San Lazaro para la curacion de la lepra y otras enfermedades de la piel, á las cuales es muy propensa la raza judia, y siempre se situaban estos establecimientos piadosos, extramuros y cercanos al sitio habitado por los Judios, circunstancia que encontramos en la espaciosa hermita de San Lazaro de esta ciudad, cuya construccion según indica una de sus ventanas, (1) corresponde al es-

(1) Uno de los riquisimos restos arquitectonicos de esa época, y cuya conservacion recomendamos a las personas que se interesen en esta clase de estudios no haciendolo á la Comision de Monumentos, porque existió, y ya no existe.

tilo ojival flamigero, que estuvo en voga al final del siglo 14 y 15.

En un documento que hemos visto en el archivo municipal se trata del Judio *Abrac Bocha* y se dice que era *vecino del Castillo y de la Judería de Lorca*.

Jehuda Abenpicar recaudador que fué del Almojarifazgo á últimos del siglo 15 es otro de los Judios de Lorca que vivían en el Castillo y del que tenemos noticia, pero aunque solo quedára del que vamos á referir seria bastante para que ocupara la Judería de Lorca un lugar distinguido en la Historia del país.

Rabí Jehosuah Alorquí nació en Lorca á mediados del siglo 14. No se sabe á punto fijo donde hizo sus estudios, si bien con bastante fundamento creemos fué en la, entonces celebre Universidad de Mallorca fundada por Raimundo Lulio para el estudio de las ciencias y lenguas orientales, y á la que con este motivo concurrían los jóvenes cualquiera que fuese la religion que profesaban.

Dotado de gran penetracion y de una elocuencia poco comun, se dió á conocer y era reputado como uno de los principales Maestros y espositores del Talmud, ejerciendo una influencia ilimitada entre los judios, lo que junto con el ejercicio de la Medicina, le habia grangeado fama universal de *gran Sabidor*.

A su preclaro talento no podían ocultarse los errores y contradicciones de la doctrina talmudica, así es que tocado de la Gracia se separó del Judaismo, y entró en el seno de la Iglesia bautizandose en 1379, tomando el nombre de *Geronimò de Santa fé*.

Profunda impresion causó esta conversion que vino á dar el último golpe, de una manera providencial, al Judaismo, hondamente quebrantado por la inspirada palabra del Apostol valenciano; y decimos, de una manera providencial, porque si bien entre el pueblo judio se contaban á millares las conversiones, los Rabinos y hombres de saber resistían la predicacion de S. Vicente, que en su concepto no destruía los fundamentos de sus creencias.

Gerónimo de Santa Fé cuya fama le habia hecho nombrar Médico de Benedicto XIII conocido con el nombre del antipapa Pedro de Luna, llevado de su profunda conviccion, y ferviente celo, instó y suplicó á Benedicto XIII, que hiciese convocar á todos los Rabinos y Doctores de la Sinagoga de España, y él les convencería con la doctrina de sus mismos libros, de la verdad de la fé de Jesucristo, verdadero Mesias, en el que se habian cumplido todas las profecías: árdua y atrevida era la empresa, y dada la tenacidad de caracter de la raza hebrea, de éxito dudoso, que solo podía intentarla, quien estuviera muy versado en la escritura y doctrina rabínica, y en todo lo que hiciere relacion á ella.

Benedicto XIII que conocía á fondo la ciencia de su Médico y su acendrada fé, y sincera conviccion accedió á su súplica y convocó á todos los sabios de Israel á público debate en la ciudad de Tortosa: acudieron al llamamiento, entre otros de menos importan-

cia, los célebres Rabinos Zacarías Levó, Vidael Benveniste, Mathatías Izharí, Samuel Leví, Moises ben Moises de la sinagoga de Zaragoza; Rabí Todròs, de la de Huesca; José hijo de Adereth, y Meir Galiegon de la de Alcov; Astrúc Leví, de Daroca, Joseph Albo de Monreal, Joseph Levi, Jonathan Careosa, Jozué Messie, Rabí Ferrer, Joseph Abugarda, Todròs ben Jeziel, & &.

Presidió el papa Luna la primera asamblea, y en un discurso lleno de unción evangélica invitó á todos los judios á que espusieran sus dudas y todo lo que tubiesen que alegar en pró de sus doctrinas, y contra la fé de Juscristo, con toda libertad; pues que para eso habian sido llamados.

Gerónimo de Santa Fé, tomando por testo el versículo de Isaias «*Venite nunc et Disputavimus*» se dirigió á los sabios Rabinos en un discurso en que no se sabia que era lo que mas brillaba si su elocuencia ó su inmensa erudicion.

Discutiéronse diez y seis proposiciones, que no ponemos aquí por no alargar mas este artículo, y fueron victoriosamente defendidas en las sesenta y nueve sesiones que se celebraron desde el dia 7 de Febrero de 1413 al 11 de Noviembre de 1414. D. Nicolás Antonio, cita el código original latino que se conserva en la Biblioteca del Escorial.

Cuando la discusion es sincera, y no hay empeño en resistir la verdad por espíritu de partido ó de secta, la discusion es entonces propia de inteligencias honradas, y sus resultados siempre son benéficos; tal sucedió en las conferencias de Tortosa. Rabí Astrúc Leví, en su nombre y en el de todos los Doctores y Maestros que habian disputado y asistido, (excepto dos que fueron Rabí Ferrer, y Rabí Joseph Albo) presentó una cédula de adhesion abjurando los errores del judaismo, y abrazando la fé del Salvador: tras de estos siguieron mas de cinco mil conversiones de las sinagogas de Zaragoza, Lérida, Daroca, Gerona, Catalayud & &. tanto que los pocos que quedaron aferrados á sus creencias encargaron á Rabí Josef Albo, natural de Soria, que escribiese una obra en defensa de su ley, y en contra del *Blasfemador*, como llamaban á Gerónimo de Santa Fé, para contener las conversiones que cada dia iban en aumento; el celoso Rabino la escribió y tituló *Los Artículos* pero sirvió de muy poco, pues Gerónimo compuso otra en dos tomos titulada el *Hebreomastix*, ó Azote de los Hebreos; el primer tomo consta de doce capítulos, y el segundo de seis; él mismo tradujo el primero en castellano, cuyo único código, segun el Sr. Amador de los Rios, se conserva en la Biblioteca provincial de Segovia, gracias al celo de la comision de Monumentos.

Tal fué el célebre converso Gerónimo de Santa Fé, uno de los varones mas notables por su saber, y que mas enaltecen la gloria de Lorca, su pátria. Ligado por vinculos de gratitud y amistad al antipapa Benedicto XIII, siguió la suerte de este, no muy propicia por cierto, y murió algunos años despues de las conferencias

de Tortosa; la Providencia se sirvió de él, como coadjutor, digamoslo así, en la grande obra de la conversion de los judios de España, encargada al Apostol valenciano San Vicente Ferrer y al ilustre hijo de Lorea el Médico Gerónimo de Santa Eé.

F. CANOVAS.

EL GENIO DEL MAL.

(FRAGMENTOS DE LA INTRODUCCION EN UN PÓEMA INÉDITO.)

¿Quién eres tú, que con audacia tanta
Te atreves á ponerte ante mi paso?
¿Quién eres, dí?...: ¡Respóndeme! ¡Levanta
Tu cabeza infernal!... ¿Temes acaso
Mi furibunda cólera? ¿Te espanta
Tu propio crimen, ó, tal vez escaso
Tu catálogo crees de iniquidades
Y meditando estás nuevas maldades?

¡Satánica vision! ¡Fantasma horrible!
¡Rasga el cendal que tus facciones vela!
Contemple yo tu rostro aborrecible,
Quiero ver el cinismo que revela....
¡Descúbrete! Sereno é impassible
Está mi corazon: la lucha anhela:
Luchemos, pues; mas sin ventaja, iguales;
Faz á faz, como luchan los leales

¿Á qué es en las tinieblas esconderte?
Si tanto me odias, ¡ven! ¡tranquila espero!
¡Que pueda yo escupirte, escarnecerte,
Y si muero después, contenta muero!
¡Sal de la oscuridad!... ¡déjame verte!...
¿Quién eres?... ¡oh!... ¡respóndeme! ¡lo quiero!
—«¡Soy... el genio del mal que te persigue,
Que en pos de tí, como tu sombra, sigue!

Cuando en su lecho exámine yacia
 Tu jóven madre, su mortal dolencia
 Yo fui quien avivé, cual su agonía;
 Yo, quien acibarando su existencia,
 Supremas amarguras la ofrecía,
 Y rásgaba su pecho con violencia;
 Yo quien á su alma, de afliccion ya mustia,
 Hice apurar indefinible angustia!

Y espirò!.... Sin consuelo, enloquecida.
 El corazon henchido de amargura,
 Yo te he visto llegar sola, abatida,
 De tu madre á la pobre sepultura;
 Y allí inclinada, sin accion, sin vida,
 Como inmóvil marmórea figura,
 Triste exhalando moribundo ruego,
 ¡Yo te he visto verter llanto de fuego!

Después, la oculta mano del destino
 Al mundo te arrojó cual leve arista,
 Y en su revuelto y loco torbellino
 Jamás mi encono te perdió de vista.
 Yo, sembrando de abrojos tu camino,
 Como hambriento chacal seguí tu pista,
 En torno tuyo derramando males,
 Bebiendo de tu lloro los raudales!

¡Ah! Tú quieres romper el lazo estrecho
 Con que aprisiono tu garganta... ¡Ilusa!
 ¡Ah! tú pretendes desviar del pecho
 El agudo puñal que ves confusa
 Próximo á herirte.... ¡Nécia! A tu despecho,
 Yo seré la cabeza de Medusa,
 De Damocles la espada amenazante
 Que conturba tu sueño delirante!

Doquier iré contigo: paso á paso
 Caminaré sobre tu incierta huella;
 Y hasta que vea hundirse en el ocaso
 De tu existencia la enlutada estrella
 Hasta dejarte en el recinto escaso
 Donde te aguarda ya tu madre bella,
 Tu tirano seré ¡si! tu verdugo,
 Pues que á mi dios Luzbel, así le plugo!

.....

¡Atrás !....¡ Atrás, aborto del infierno !
 ¡Espíritu de horror y de perfidia!
 ¡Tú eres la causa del dolor supremo
 Con quien el alma acogojada lidia! ...
 ¡Ya te conozco! ¡Atrás!.... Torna al averno!
 ¡Vástago infame de la negra envidia!
 ¡Ah! ... Creiste tenerme por esclava!
 ¡Atrás! que mancha tu asquerosa baba!....

¡Oh! ¡No te temo, nó! ¡Mirame altiva
 Desafiar tu cólera impotente!
 Pero tu faz horrible, repulsiva
 Conocer deseaba ardentemente
 Cayó el crespen: la veo convulsiva
 Chocando de furor diente con diente....
 ¡Muéveme á risa el contemplar tus iras!
 ¡Solo desprecio y compasion me inspiras!

.

ERMELINDA DE ORMAECHE Y BEGOÑA.

LA MADRE.

¿Quién no siente en su corazón un grato consuelo al pronunciar nombre tan cariñoso? ¿Qué hijo no corresponderá al puro cariño que su madre le profesa; la qué como un ángel tutelar constantemente le protege y cobija bajo sus alas, al menor asomo de peligro?

¿Qué poema de inexplicable felicidad no envuelve el primer beso que el amor maternal imprime en nuestra frente? y qué dulzura, por último, no encierran las infinitas caricias que la madre prodiga á su pequeñuelo en su regazo?

Todo lo que pudiera decirse para expresar el verdadero sentido de esta palabra, seria insuficiente; su mismo nombre entraña un mundo entero de dulzura y felicidad: esta expresion ¡madre mia! que encierra un sentimiento indefinible, que parece que brota del fondo de nuestro corazón, es la síntesis del más puro amor sobre la tierra.

Una de las epopeyas más sublimes que el Cristianismo regis-

tra en sus brillantes páginas, es la completa regeneración de la inmunda abyección en que la tenían los pueblos antiguos. En efecto, la organización de aquellas sociedades no solamente se oponía á que la madre pudiera llenar su legítima misión sino que por el contrario, le negaba hasta la condición de persona, y solo la consideraba como una cosa sujeta al comercio de los hombres. El Cristianismo, repito, sacándola de aquella condición miserable y elevándola de humilde esclava, á compañera del hombre, hizo de ella un elemento poderoso que regenerando los vínculos de la familia, y llevándola á su seno un germen fecundo de moralidad y sentimiento, fuese también causa de progreso, y origen de sociabilidad.

La madre, al sentir un nuevo ser agitarse en sus entrañas, párecela cubrir una doble aureola de gloria, y en el instante mismo que este ser vé la luz por vez primera, no cuida de sí, solo vive por su hijo y para su hijo, toda su felicidad la cifra en la cuna en que éste descansa, donde perenne observa sus menores deseos, pronta á satisfacerlos, y si se quiere conocer hasta que término llega su amor y cariño maternal, hágase la más leve demostración hostil hácia aquel pedazo de su corazón, y á la mujer dulce y afable, toda amor y casi desposeída de fuerza material, la vereis convertirse en furiosa leona al arrebatarle su cria. Este egoísmo filial efectúa una completa metamorfosis en el carácter de la mujer; á los goces y diversiones que el mundo le ofrecía sucede la calma del hogar doméstico, y en su rostro vemos grabada la más pura alegría, al verse rodeada de todos sus hijos, ó bien acariciando al más pequeño entre sus brazos, tierno cuadro que la pluma no puede describir, y que solo la dulzura de un Rafael pudiera trasladar fielmente al lienzo. Cariño entrañable, el cual hace que presenciemos algunas veces escenas llenas de poesía y sentimiento entre los esposos, por disputarse una caricia, un beso del tierno infante que ya comienza á balbucear los nombres de sus queridos padres: y es notable sobre este punto la respuesta que Agesilao rey de Esparta, dió á uno de sus cortesanos que se admiró de verlo acompañando á sus hijos en sus pueriles juegos:

«—¿Tienes hijos? le preguntó el rey.

—No,» contestó «pues hasta que los tengas no formes ningún mal juicio sobre lo que en mí acabas de ver»

El padre como jefe que es de la familia ejerce en ella una completa autoridad, abrogándose por consiguiente, el derecho de gobernarla y castigarla; mas la misión de la madre es muy distinta; y como quiera que es noble y grande, que encierra una abnegación sin límites, está llena de gravísimas dificultades. De la educación é ideas que fijén en el corazón de sus hijos, depende el porvenir de la sociedad; si le imbuis ideas contrarias á la moral, si desde un principio no se guían sus pasos por un recto

camino, bien pronto se experimentarán sus funestos resultados; más si desde tierna edad les infiltrais las sábias doctrinas del bien y de la verdad, y si practican las teorías que vuestro corazón les infunda, veréis recompensados vuestros cuidados y afanes, pues serán el consuelo de vuestra ancianidad, y la sociedad contará con honrados ciudadanos.

Jamás veréis que madre alguna, encuentre tacha ó imperfección en sus hijos; si alguno olvidándose de los consejos maternales se entrega á los placeres con que el mundo le brinda, ved cuán solícita oculta los desvios de su adorado hijo, cómo procura atraerle suavemente al buen camino; y por graves que sean sus faltas, siempre les dará un diferente sentido, y diligente se atreverá á desmentir las columnias, para ella infundadas, que se propagaran respecto al hijo descarriado. Para esto el amor maternal cuenta con un arma, débil á primera vista, pero que es más fuerte que ninguna conocida y con la cual consigue desarmar el corazón más empedernido; las lágrimas, el llanto de una madre es sublime, ningún hijo por ingrato que sea puede permanecer impasible ante esas expresivas gotas de rocío que conmueven todo nuestro ser, y que disipan las tinieblas en que nuestra alma se encuentra á veces sumergida. ¡Infelices algunas madres; qué recompensa reciben de sus hijos al acendrado cariño que les profesan, á tantos desvelos como por ellos sufren, y con qué indiferencia hacen algunos caso omiso del ser más noble de la tierra!

La historia de la humanidad nos presenta ejemplos varios de la influencia que ejercen en sus hijos, esos seres privilegiados. La madre de Coriolano desarmando con una sola súplica la cólera de su hijo, y hacerle desistir del propósito que tenia de destruir á Roma; la madre de S. Agustín fortaleciendo el alma de su rebelde hijo contra los atractivos del vicio, la reina Blanca, de Francia inculcando piadosas doctrinas en el corazón del joven Luis; Maria Antonieta de Austria viendo perecer á sus hijos en una oscura prision y arrebatárselos después inhumanamente de su lado, nos presentan en todas sus fases el corazón de una madre.

Al referirse á la mujer, al pasar á tan noble estado, el ilustrado joven Llanos Alcaraz se expresa con estas bellas palabras, que por el mérito que encierran, no puedo menos de trascribir.

«Vamos á entrar en un templo, dice, en el templo de nuestros primeros deberes, en el santuario de nuestras primeras afecções en el mundo; mas para entrar debemos descubrirnos, inclinar la frente, y doblar la rodilla. Al hablar de los hijos, esposas y hermanos, puede haber quien escuche con indiferencia, porque puede no haber tenido hermanos, esposa, ó hijos.»
«¿Pero quién no ha tenido madre?»

En efecto, ¿qué corazón no ha latido por esa dulce palabra?

quién siquiera sea con balbuciente voz no la ha pronunciado?. Considero por el más desgraciado de los seres, á aquel que haya perdido prenda tan querida; su dolor debe ser inconsolable, inmensa su desventura, es la mayor aflicción con que Dios puede amagar á sus criaturas, y si no fuera porque nuestra sacrosanta Religión encierra tan sublimes máximas para suavizar en parte los dolores terrenales, y hacer más llevadera esta vida de infortunio, la madre sucumbiría de dolor á la pérdida del hijo de su corazón. Por eso no se concibe á la madre fuera del Catolicismo, religion que procura los más suaves lenitivos para los más acerbos dolores: Mr. Bonald lo ha dicho «otra religion que no sea la católica, sienta mal al carácter de las madres, porque para la debilidad de éstas las demás religiones encierran demasiado orgullo»

Los paganos, cuya religion no poseia consuelos suficientes para mitigar el sentimiento causado por tan sensible pérdida, observaban estas significativas costumbres. La madre que perdía á alguno de sus hijos, encerraba en la caja que ocultaba su inanimado cuerpo varias monedas para que pagara á Caronte, barquero del Infierno, su paso por este lugar, y algunos alimentos para que comiesen en su tránsito; ó bien suspendían el cuerpo en las ramas de los árboles más floridos, persuadidas de que el delicioso aroma que el cáliz de estas flores despidiese, seria suficiente para despertar á sus hijos del sueño eterno en que yacían. ¡Tristes ficciones inventadas para conservar en las madres la idea de que con la muerte sus hijos pasaban á gozar de las dulzuras de otra vida mejor!

Tal es, aunque trazada á rasgos imperfectos, la figura más notable de la sociedad doméstica; esa hermosa mitad del género humano al pasar al noble estado de madre, cuyo corazón todo amor y ternura para su amado esposo y tiernos hijos, no aspira á otra recompensa para su bondad que paz y felicidad para toda su familia.

FRANCISCO CÁCERES PLÁ.

LAS DOS CRUCES.

Hace un año, llevabas en tu pecho
Una cruz de cristal deslumbrador;
La cruz brillaba mucho, pero altivo,
Brillaba más tu honor.

Hoy te encuentro luciendo en los saraos
Otra cruz de más mérito y valor;
Esta cruz brilla ménos, pero altiva,
Brilla más que tu honor.

J. RUIZ NORIEGA.

AL CÉFIRO.

(MADRIGAL.)

Fabonio placenteron
Que en suelto giro á las galanas flores,
Azotando ligero,
Les arrancas tirano sus olores;
Si en vuelo presuroso
Llegas hasta Dorise, y en el rizo
De su cabello undoso,
Te meces un instante antojadizo,
Que le digas imploro,
Cuál hiere su desden el pecho mio,
Pero que más la adoro,
Cuanto mayor ¡ay Dios! es su desvío.

M. ESCOBAR.

EL RENACIMIENTO.

II.

LA ÉPOCA CONOCIDA CON EL NOMBRE DE EL RENACIMIENTO,
¿MARCA UN ADELANTO Ó UN RETROCESO EN LA
VIDA DE LAS SOCIEDADES?

Antes de continuar nuestros trabajos hagamos una aclaracion.
A pesar de que en nuestro anterior artículo hacemos constar
que este estudio no se concreta al influjo que en las modernas

sociedades haya ejercido el gusto y el amor que á la antigüedad se despertó á la caída del imperio de Oriente, sinó que abraza á la época que podemos llamar paso de la Humanidad de la Edad Media á la Moderna, ó sea comprendiendo desde los descubrimientos hasta la reforma y que así tuvo efecto en parte del siglo XV. como en el XVI. volvemos á insistir en esta afirmación y marcamos más distintamente los límites de nuestros estudios porque ha habido quien nos lo ha aconsejado para evitar confusión.

Esta época que estudiamos se ha entendido por muchos siempre con el nombre de la de El Renacimiento, causa por la cual han dado y nosotros dábamos este nombre á hechos que en rigurosa crítica no debía dársele; pero advertidos, como dejamos dicho, no llamaremos época del Renacimiento á aquella que hoy ocupa nuestra atención.

Esto así, continuemos. El libre examen *la libertad del pensamiento*, han dado origen á que se declaren malas y perniciosas para las modernas sociedades las consecuencias de esta época. Es necesario, por lo mismo, que estudiemos detenidamente este punto

Al decir *libertad de pensamiento* es indispensable explicar lo que por tal entendemos; puesto que es una de las frases cuya verdadera significación trae agitados á las escuelas filosóficas.

¿Es la libertad de pensar el no admitir por cierto sinó lo que el propio particular criterio nos dice?

¿Lo ejercita el que no acepta para formar su raciocinio premisa alguna tenida como verdadera, como axiomática, y sí solo la que su particular juicio ha declarado como tal?

Si esto se entiende, si esto es la libertad del pensamiento, no adquirieron fórmula alguna nueva de progreso las modernas sociedades. La libertad del pensamiento así entendida es contraria á todo adelanto en el camino de la inteligencia, á no admitir el error de la existencia de ideas innatas que sean las premisas en que se funde el primer raciocinio del hombre. Si el propio criterio única y exclusivamente es el juez que falle sobre la verdad del concepto y si para encontrar la verdad ó falsedad de este es indispensable sujetario á la piedra de toque de la comparación, que mediante el raciocinio se hace entre la verdad conocida y el concepto cuya verdad se busca, indudablemente que es necesario para formular el primer juicio, para calificar un concepto, una idea, un *algo* de verdadero ó falso, la existencia anterior de una verdad con la cual comparar es y de la cual deduzcamos los quilates de la que buscamos. No se dé un norte fijo al viajero del camino de la ciencia y á cada paso dudará si el que primero anduvo fué seguro y el propio para lograr su fin. Mas fijémonos en que no fué lo que hoy se entiende por libertad de pensar obra y consecuencia propia de esta época, y sí fué otro el impulso que á las Sociedades dió, la idea que

entonces se desarrollara para beneficioso objeto del hombre.

Al terminar la Edad Media, concluyó también para el hombre el fin relativo que en ella realizó. Dueño de una civilización moral divina como Divino era el Maestro que la enseñara, nada tenía que hacer en este punto para adquirirla ó perfeccionarla. Había hollado y pulverizado al mahometismo que aspiraba á imponerle sus doctrinas, sus costumbres y sus leyes. Mediante las del Cristianismo había roto las cadenas del esclavo, dándole primero con el terreno personalidad y más tarde otorgándole derechos y franquicias como individuo perteneciente al Común, y finalmente había constituido la unidad nacional, formando así la incontrastable fuerza que amparase sus derechos.

Nuevo horizonte se presentaba y á hechos nuevos debía dedicar su actividad conseguido el que durante los anteriores siglos lo había elevado al pináculo de la gloria y del heroísmo.

Y como no es solamente el hombre espíritu; como además del deber que hácia su alma tiene, tiene deberes también legítimos, aunque con ella relacionados, que cumplir en la vida de que goza y en el mundo en que vive, de aquí que al terminar la Edad media en la cual se había dedicado á fundar solidamente los cimientos del porvenir; dueño de una sublime civilización moral, tendiese y se propusiera como objeto desarrollar la nueva vida, fundando una civilización material perfecta. Si Jenofonte y Aristóteles y Cicerón reprobaban el ejercicio de la industria y el comercio y en la Edad Media se relegaron tales trabajos á los Judíos, á ellos debía ahora dedicarse, con la mayor honra y si el estrepito de la guerra hizo en la anterior edad que el saber se ocultase en los claustros, de los conventos, dedicado el mayor número á otras conquistas, acallada la trompeta guerrera, la ciencia se ofrecía á mayor número de inteligencias convidándolas á penetrar sus famosos misterios, los mas solamente iniciados más que con certidumbre y natural conocimiento, con verdadera visión profética por aquellos venerables conservadores del saber.

Tales eran los nuevos horizontes que el hombre civilizado distinguía al comenzar la Edad Moderna y Dios puso en sus manos los medios con que podía conseguirlos dando Guttemberg su maravilloso invento por medio del cual se extendiese la ciencia con notable prodigio á todas las inteligencias y se conservasen constantemente las huellas luminosas de sus pasos; para que fuese el saber patrimonio de los más.

Y este es indudablemente el impulso que la época á que nos referimos dió en bien de las Sociedades; esta es la idea que entonces se desarrollara para beneficioso objeto del hombre.

«La ciencia es patrimonio de todas las inteligencias.»

Tal es la *libertad de pensar* que al Renacimiento se debió; la que Descartes afirmó diciendo que la razón ha bastante con la *certidumbre suficiente* y no necesita la *certidumbre absoluta* que pa-

ra ella no existe, fuera de la fé.

En virtud y como consecuencia de ella las ciencias físico-naturales elevanse florecientes y en aquel mismo instante tiene la física un Torricelli que descubre el barómetro y un Vicente Viviani que desenvuelve la teoría de las ondulaciones. Sobresalen en Química orgánica Sirvió de Espoleto, Barbato de Padua y Baglivio. Se explican en anatomía las fibras espirales del corazón y se conoce en fisiología la anastomosis de las extremidades vasculares, la absorción del quilo y las secreciones. Leyden sienta la ley de refracción y Garsendi observa el paso de Mercurio por el disco del Sol y deduce la elipticidad de las órbitas, y finalmente el inmortal Neuton introduce sus notables progresos en mecánica y en dinámica. Desde entonces estas ciencias siguen un camino de gloria que en nuestros días ha hecho más grande la aplicación del vapor y de la electricidad, sin que podamos adivinar el límite que Dios puede haber señalado.

No es lo que acabamos de decir una sutileza para defender esta época y en vano se nos querrá probar que la idea que naturalmente de ella se produjo fué la del *libre examen*, la del racionalismo que hoy pretende invadirlo todo.

Nada en la Historia del mundo; ningún acontecimiento, ninguna catástrofe, ningún cataclismo han sobrevenido en daño absoluto de la Humanidad.

Como ha escrito un ilustrado redactor de esta Revista (1) «no debemos llorar junto al triste y prolongado sudario de la opulenta Babilonia ó de la misteriosa Nínive, ni en los sepulcros de Memphis y de Tebas, ni en los desiertos de Palmira; porque á aquellas civilizaciones, más bien materiales que morales, hijas de la malicia y lujo asiáticos, sucedieron las viriles democracias griegas y las gloriosas repúblicas del Archipiélago. No lamentemos en las márgenes del Gránico la pérdida del imperio persa, ni en las llanuras de Arbella su ruina, ni en los festines de Persépolis su servidumbre; porque aquellos cataclismos acercaron el Asia central á la Europa, y las caballerías griegas se abrevaron en las orillas del Oxo y el Jaxarto, y escucharon los ginnosofistas los cánticos armoniosos de las victorias macedónicas en las márgenes del Indus, y en las ciudades de Pendjia. No suspiremos sobre Corinto que espira, ni sobre Sebecia que sucumbe, ni sobre Cartago que agoniza, ni recordemos con tristeza los inútiles esfuerzos de Anibal, de la liga aquea, de Viriato ó de Vercingetorix; porque sus derrotas contribuyeron al triunfo de la Ciudad eterna, que supo unir por medio de la fuerza los pueblos, por medio de la ley las nacionalidades, por medio de la religion las conciencias. No nos cause tanto hor-

(1) Mi querido amigo de la infancia, el jóven D. Antonio Gayon--EL ATENEO LORQUINO, año I, núm. 8, *Filosofía de la Historia*. Art. 2.º

»ror las escenas de sangre que produjo la invasión de los bár-
 »baros, ni sintamos el saqueo de Roma, ni nos atemorice oír
 »las pisadas del caballo de Genserico, ó ver el polvo que levan-
 »tan las hordas del azote de Dios; porque vemos amasarse en
 »aquella sangre y con aquel polvo los cimientos de las socie-
 »dades futuras, sustituir á los antiguos, carcomidos por el fatal
 »influjo del paganismo y de la tiranía.» Y no debemos entris-
 tecernos ante acontecimientos tales porque de en medio de ellos
 nace y aparece siempre un gérmen de bien para el porvenir; un
 rayo de luz que guía á la humanidad sobre las ruinas del pue-
 blo demolido, entre la confusión y el polvo de las batallas.

Así el llamamiento que las necesidades de la nueva vida hi-
 cieron en la época que estudiamos á la inteligencia individual,
 á su constancia é iniciativa, y el gigante apoyo que la impre-
 ta dió para que á él acudiera, es la luz que desde entonces guía á la
 humanidad en la conquista de una verdadera civilización material
 y el verdadero impulso dado á las Sociedades, al enseñarles la
 senda del progreso, fin de la humanidad.

(Se continuará.)

J. SANCHEZ ROS.

LA ENVIDIA.

Mirada torva, sangrienta,
 Labio débil, contraído,
 El entrecejo fruncido,
 La color amarillenta.
 Odio irascible fermenta
 Aquella turbia pupila
 Que moviéndose intranquila
 Ó al fijarse en un objeto
 Penetrar deja el secreto
 Del veneno que destila.

Ni consuelo ni esperanza
 Hay jamás para la envidia;
 Se nutre de la perfidia,
 Respira siempre venganza.
 Ya que la dicha no alcanza
 Le duele la dicha ajena,
 Goza con la extraña pena,
 Y en su innoble sentimiento
 Del Universo el tormento
 Viera con frente serena.

Esa pasión que iracundo
 El hombre en su pecho abriga
 Le persigue, le fatiga,
 No le abandona un segundo,
 Para si quisiera el mundo:
 Que nadie en él respirara;
 Que el sol tan solo brillara
 Cuando él tan solo le viera,
 Que la creación feneciera
 Y él solamente quedara.

¡Infeliz...! Ciega é impía
 Tu lengua, acaso, maldice
 Lo que el Eterno bendice
 Y que á todos nos envía.
 Cesa en tu loca porfía
 Condenando la fealdad
 De esa pasión de maldad
 Tan funesta y perniciosa...
 Si envidias alguna cosa
 ENVIDIA la CARIDAD.

J. M. PUCHE.
